

Fernández, Víctor Manuel

*De la claridad mental hacia una
armonía real*

Revista Teología Tomo XXXVIII, N° 75, 2000

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNÁNDEZ, Víctor M., *De la claridad mental hacia una armonía real* [en línea]. *Teología*, 75 (2000). Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/claridad-mental-armonia-real-fernandez.pdf>

(Se recomienda indicar al finalizar la cita bibliográfica la fecha de consulta entre corchetes. Ej: [consulta: 19 de agosto, 2010]).

DE LA CLARIDAD MENTAL HACIA UNA ARMONÍA REAL

Más de una vez en la vida nos asombramos escuchando maravillosas reflexiones, pero más nos asombramos cuando el orador que nos deslumbra hace exactamente lo contrario de lo que predica. Omitiendo necesarias consideraciones sobre los condicionamientos del obrar, claramente presentes en el punto 1735 del *Catecismo de la Iglesia Católica*, nos detendremos brevemente a pensar la necesidad de un proceso que vaya desde las convicciones intelectuales hacia las actitudes virtuosas.¹

Una ascesis hacia la plenitud

En primer lugar, es importante recordar que no basta saber algo para cambiar de vida:

Según cierta pedagogía algo neoiluminista, es suficiente saber para crecer, conocer los propios defectos para superarlos. La formación, en esta óptica, sería ante todo una cuestión de información. Lástima que esta pretensión luego sea desmentida por la realidad de los hechos. Muchos jóvenes, debidamente ayudados, logran sacar a la luz sus debilidades, pero sin lograr superarlas [...]. No basta haber descubierto dónde somos más frágiles; también es necesario poner en acto precisos mecanismos operativos que permitan a la persona golpear la inconsistencia en el punto justo o en sus dinamismos vitales.²

Pero esto no vale sólo para las inconsistencias, sino también para los valores. Captarlos intelectualmente no significa vivirlos; es necesario un aprecio sincero, una percepción afectiva que los presente como “valores que yo desearía realizar” para que se conviertan en ideales y, luego, se requiere un determinado ejercicio para que surjan actitudes y acciones coherentes:

Cuando el valor se presenta como tal, nace el deseo de tenerlo. Al deseo sigue la puesta de medios para conseguirlo: iniciativa, volun-

1. Este artículo es parte de un libro reciente, titulado *Actividad, espiritualidad y descanso. Vida armoniosa y unidad interior*, Madrid, 2001.

2. A. CENCINI, *I sentimenti del figlio*, Bologna, 1999, 179.

tad, esfuerzo y medios concretos. La persona orienta sus intereses y facultades, con alegría, en esa dirección. A medida que va consiguiendo metas parciales va sintiendo la satisfacción, y esta anima a trabajar por la meta final [...]. Conviene subrayar los elementos comunes que componen la esencia de toda actitud: hay un elemento afectivo, que es tendencia, predisposición; otro intelectual, hay que partir de un conocimiento, se requiere una evaluación para que el sujeto se oriente de una forma o de otra hacia el objeto; y hay una cierta estabilidad y un compromiso personal [...]. Las decisiones confirman la asimilación de los valores, cada decisión es un compromiso.³

El conocimiento y el aprecio de un bien no producen nada automáticamente, sino a través de una ejercitación libremente buscada que vaya plasmando una forma personal de vivir acorde con el bien que se percibe. Y a través de ese ejercicio, el bien se va percibiendo con una claridad cada vez mayor.⁴

Esta convicción —que una cosa es ver y desear y otra es caminar hacia lo deseado— es sumamente importante para que nos decidamos a *recorrer un camino* que nos lleve a la armonía y a la unidad deseadas. Cuando alguien cree que deseando ya conseguirá lo que desea —como si la armonía personal, la unidad interior y la felicidad se alcanzaran mágicamente—, se expone a bajar los brazos o a odiarse a sí mismo por no conseguir rápidamente lo que se deseaba. El resultado mágico no llega, se necesita tiempo, el cambio supone un camino personal, una historia propia, un proceso adecuado. Y la conclusión de este deseo frustrado —un verdadero veneno espiritual— será la siguiente:

—Lo que no conseguí hasta ahora no lo consigo más; además, ya es hora de dejar de aprender cosas, con lo que conseguí ya tengo suficiente para sobrevivir y para defenderme. Ahora tengo que vivir de lo que soy y de lo que tengo. Basta de perder tiempo aprendiendo cosas. Quién sabe cuántos años de vida me quedan. ¡No me voy a pasar la vida aprendiendo!

Otro factor negativo, que lleva a veces a conformarse con una triste mediocridad, es la comparación con otros, que por sus cualidades y posibilidades concretas han logrado un desarrollo notable

3. A. HERNÁNDEZ, "Educación y valores", en *Seminarios* 146, 1997, 441.450.452.

4. Este es el tema de mi tesis doctoral, de la cual he publicado sólo una parte en *Salir de sí. Plenitud de conocimiento y de vida*, Córdoba, Ediciones del Icala, 1991.

manifiesto en éxitos apostólicos, en un lugar en la Iglesia, en reconocimientos públicos. Y en la comparación, a alguno le parece que es imposible alcanzar tal realización humana, de manera que no vale la pena esforzarse por crecer. Se olvida así que la propia vida, irreplicable, es el desafío de lograr lo que nadie más puede alcanzar:

A menudo comparamos nuestra vida con la de los demás e intentamos descifrar si son mejores o peores, pero esas comparaciones no nos sirven de mucho. Tenemos que vivir nuestra propia vida, no la de otros. Tenemos que mantener firmemente entre las manos nuestra propia copa. Tenemos que atrevernos a decir: "Esta es mi vida, la que se me ha dado, y esta es la vida que tengo que vivir lo mejor que pueda. Mi vida es única. Ningún otro vivirá esta vida mía. Tengo mi propia historia, mi propia familia, mi propio cuerpo, mi propio carácter, mis propios amigos, mi propia manera de pensar, de hablar y de actuar. Sí, tengo que vivir mi propia vida. Nadie tiene ante sí el mismo reto que yo" [...]. Es nuestro reto maravilloso, porque lleva consigo el privilegio de nuestra unicidad.⁵

El que descubre su necesidad de caminar hacia una armonía que no tiene, una armonía única e irreplicable a la cual está llamado por un Dios amante, y se pone en camino asumiendo que no está acabado, que debe seguir siendo un caminante, un aprendiz, aceptando que la vida todavía tiene mucho que enseñarle, mucho que pulir, mucho que embellecer, ese sí se expone a la obra transformadora de la gracia, respetando los tiempos, las etapas, los aprendizajes que sean necesarios. Esta decisión de aceptar un proceso, que supone dar algunos pasos, entregar algunas cosas, enfrentar los desafíos, es el fondo de la idea cristiana de ascesis; y en este sentido, la ascesis es indispensable para crecer:

Forma parte de la estructura humana la necesidad de una cierta disciplina que dé cauce y continuidad a nuestros deseos y sentimientos genuinos [...]. El desprecio de toda disciplina conlleva el riesgo de frustrar las mejores intenciones.⁶

Pero se requiere de cada uno un espíritu de humildad, sencillez y realismo para aceptarlo y decirse a sí mismo: "También yo necesito renunciás, límites y cierta disciplina. ¿Por qué yo no?".

5. H. J. M. NOUWEN, *¿Puedes beber este cáliz?*, Madrid, 1998, 26-27.

6. A. SALVO, "Afectividad y disciplina espiritual", en *Pastores* 1, 1994, 18-19.

A medida que esta ascesis muestra su fecundidad y se comienzan a ver algunos frutos de serenidad y madurez, la persona descubre más claramente que ciertas renunciaciones en realidad están al servicio de eso mismo que se entrega generosamente, que se trata en definitiva de “una kénosis que se pone al servicio de los mismos impulsos (o estímulos sensuales) para que estos, en cuanto rectos, sean también densamente humanos”.⁷

Por este camino, entregándose a sí mismo en ofrenda como respuesta a la iniciativa de la gracia (Rom 12, 1), cada uno podrá alcanzar un mejor nivel de vida y podrá presentarle a Dios, al final de su vida, algo más bello que lo que recibió, el resultado de la obra que la gracia hizo en él y con él. Y ese no podrá decir: “Ahora que más o menos aprendí a vivir me quedan pocos años para disfrutarlo”. No podrá decirlo porque, si su crecimiento ha sido auténtico y profundo, sentirá que haber aprendido a vivir responde a la voluntad de Dios, que lo ama y lo quiere feliz. Y porque el hombre que entra en la plenitud de la gloria celestial llega allí después de haber hecho un camino histórico y todo crecimiento sostenido en el amor contribuye a embellecer la vida eterna. Esto es así hasta el punto que las obras de arte y los frutos de las manos del hombre participarán también de esa plenitud como dimensiones del hombre mismo:

Todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados (*Gaudium et spes* 39c).

Pero si esto es así, con mayor razón todavía contribuirá a la belleza del Reino celestial lo que el hombre haya hecho de sí mismo. Por lo tanto, el proceso de crecimiento humano y de armonización de todas las dimensiones de la vida no se ordena sólo a alcanzar una mayor felicidad en la tierra, sino también a ofrecerle a Dios, al final de nuestra vida, no solamente un hombre que ha cumplido los mandamientos y se ha esforzado, sino también un hombre armonioso, no fragmentado, capaz de dejarse amar: una verdadera obra de arte.

En este caso, habrá sido un hombre que no se conformó con “durar y transcurrir”, sino que fue capaz de “honrar la vida”.

7. T. GOFFI, *La experiencia espiritual hoy*, Salamanca, 1987, 105.

Muertes que dan vida

Ponerse bajo la acción educativa de la vida misma, asumirse como alguien que debe aprender, poco a poco, a vivir mejor, porque Dios que lo ama así lo quiere, es permitir que se abran y sigan germinando las semillas sembradas por Dios en la propia persona:

La acción educativa puede plantearse como un despliegue de las energías y los talentos que la persona posee en germen, y como un despliegue de todas las potencialidades depositadas en el inconsciente espiritual.⁸

Esto implica que no se puede vivir sólo del pasado. Ese pasado, sin un dinamismo hacia el futuro, pierde vida y deja de producir vida. Repetir siempre lo mismo puede darnos seguridad y liberarnos de la tensión de lo imprevisto, o de la preocupación por preparar algo, o del vértigo del crecimiento. Pero así cada vez se pone menos pasión, menos entusiasmo, menos alma. Esto sucede tanto a nivel pastoral como a nivel espiritual y humano. Por ejemplo, cuando hay que predicar sobre un tema, el solo hecho de buscar otra manera de decirlo hace que el tema siga siendo una novedad para el predicador y, así, podrá seguir entregándose él mismo en la predicación –más allá del éxito o los resultados que pueda obtener–, evitando convertirse en un funcionario sin vida. Pero nada, ni en el nivel de las relaciones humanas, ni siquiera en la oración, puede seguir alimentando la propia vida si se cierra al crecimiento, a la novedad, a la superación, porque en realidad se está cerrando a una realización más perfecta de los valores, lo cual es un distintivo del obrar específicamente humano:

Obrar humanamente significa comprometerse en la realización del valor. En esto reside el significado de la acción como crecimiento de la persona humana. La acción, por tanto, se coloca en el plano del ser, que es radical y genera plenitud al mismo tiempo.⁹

En este camino, de una manera u otra se hacen presentes la cruz y la muerte. Hay una cruz y una muerte que van jalonando la vida de una manera previsible y lenta, como la conciencia del paso de los

8. B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, Madrid, 1997, 84-85.

9. *Ibíd.*, 182.

años, del desgaste del propio cuerpo, de las tareas que van concluyendo y dan paso a otras nuevas. Pero hay momentos en que se hace presente la cruz de un modo lacerante, agresivo, provocando una ruptura de todas las seguridades alcanzadas: cuando te anuncian la muerte próxima de tu madre, cuando el médico te dice que has contraído una enfermedad incurable, cuando de golpe aparece en el horizonte una disminución física notable como la ceguera o la parálisis, cuando inesperadamente has sido objeto de una calumnia que te humilla públicamente, o cuando reaparece la conciencia dolorosa de que has pecado de un modo grosero que no quisieras ni siquiera recordar, etc. Aceptar la posibilidad de tales angustias, y de la muerte misma, es asumir que podemos estar llamados a un nivel mucho más alto de la experiencia de Dios y de su amor, a momentos donde logramos un alto grado de trascendencia de los límites mundanos:

La experiencia de la eternidad, la experiencia de que el espíritu es más que una parte de este mundo temporal, la experiencia de que el sentido del hombre no se agota en el sentido de dicha de este mundo, la experiencia del riesgo y de la atrevida confianza que no tiene ya ningún fundamento visible, deducido del éxito de este mundo.¹⁰

Consentir libremente que Dios pueda permitir esos desafíos, que nos invitan casi a arrancarnos de nosotros mismos, es entrar en la libertad del Espíritu y tomarse en serio a uno mismo, valorando y permitiendo la posibilidad de alcanzar una hondura insospechada en nuestro encuentro con la vida misma. Esto le sucedió a Pedro al enfrentar el cambio de planes que le presentaba Jesús cuando se acercaba su muerte humillante:

En realidad, Pedro tiene que dar un salto cualitativo; sin embargo, no encuentra razones lógicas para seguir confiándose a su Maestro. Así nos sucede a todos; tarde o temprano tendremos que pasar por una prueba análoga. Podrá venirnos de la Iglesia, de la comunidad, del pueblo que se nos ha confiado; tal vez provenga de las circunstancias tristes y dolorosas que tienen que afrontar nuestros seres queridos [...]. Tenemos que aceptar la ruptura, la debilidad de nuestra comprensión, la revelación del misterio de Dios como totalmente distinto de nuestro modo de pensar [...]. Y hay que saber que el

10. K. RAHNER, "Sobre la experiencia de la gracia", en *Escritos de Teología III*, Madrid, 1961, 105.

hombre no llega a vivir una experiencia verdaderamente profunda de la divinidad si no pasa, al menos en alguna ocasión, por esta prueba límite, si no se ve al borde del abismo de la tentación más agobiante, si no siente el vértigo del precipicio del más desesperado abandono, si no se encuentra absolutamente solo, en la cima de la soledad más radical.¹¹

Para este paso tan intenso por la Pascua nos prepara la libre aceptación y el ofrecimiento amoroso de las insatisfacciones, cansancios, penas y límites ordinarios, cuando de alguna manera percibimos que también el dolor puede tener un sentido de unión con Jesús, de ofrenda sincera, de fecundidad:

La vida de todos los días en el mundo tiene su secreta mística y su silencioso martirio. El alma no sólo muere con Cristo y se hace cruciforme en los ejercicios espirituales y en el martirio público, sino en las penas y sufrimientos de la vida y en el sufrimiento del amor. La historia del Cristo que sufre, que se siente abandonado y que es crucificado, se halla tan abierta, que el sufrimiento, el abandono y las angustias de cada hombre que ama tienen su lugar y son aceptados en él... El que ama muere muchas muertes. Pero Cristo otorga fuerzas creadoras donde no se vislumbran posibilidades.¹²

Y cada una de nuestras "muertes" cotidianas, libremente aceptada por amor, va produciendo una mayor simplificación y unificación de la vida, liberando el corazón de quejas estériles, de angustias sin sentido, de fantasías infecundas. Por eso, no se trata de estar pendientes de un posible gran sufrimiento e internarse, así, en una nube de angustia y de temor por lo que pueda pasar, sino de vivir plenamente el presente, gozando los regalos de Dios y asumiendo libremente los límites. Porque no hay mejor manera de preparar el futuro —ante los gozos o las dificultades del futuro— que vivir intensamente el presente en el amor. En el amor maduro no hay temor (cf. 1 Jn 4, 18). Por el contrario, no hay mejor manera de debilitarse y hacerse indefenso ante el futuro que dejar de vivir intensamente el presente en el amor por una previsión excesiva del futuro. La experiencia de vivir por amor y en el amor, poco a poco, va integrando los miedos —inevitables— que, sin ser negados o disimulados, pueden in-

11. C. M. MARTINI, *Las confesiones de Pedro*, Estella, 1994, 72.76.

12. J. MOLTSMANN, *Experiencias de Dios*, Salamanca, 1983, 114-115.

corporarse de un modo no paralizante a nuestra conciencia. Creo que esto es, en el fondo, lo que quería decir Kierkegaard cuando sostenía que "quien aprendió a sentir miedo o angustia de una forma correcta ha aprendido lo más importante de todo".¹³

Peculiaridades personales y etapas

Por último, hay que aclarar que todo vale de distinta manera para cada uno, porque si bien corresponde poner un acento mayor en lo que es objetivamente más importante, esta jerarquía se modifica en la práctica, en el proceso concreto de crecimiento de cada persona y en los distintos momentos del camino. Es necesario estar atento a las tendencias dominantes del propio temperamento y advertir que normalmente nos agradan las motivaciones y sugerencias que responden a las propias inclinaciones, y restamos importancia a lo que pueda contradecir las inclinaciones a las que nos hemos habituado por nuestra forma de vivir. Por eso, atentos a las debilidades e inclinaciones personales, podemos descubrir que momentáneamente nos conviene poner el acento en algo que no es lo principal de la vida cristiana, pero cuyo escaso desarrollo en nuestras vidas puede terminar debilitando el conjunto de la propia estructura personal. Así, si bien la templanza es la céntrica en la jerarquía de las virtudes, sin embargo, es cierto que si una persona sensual depende cada vez más de la satisfacción de su necesidad de placer, terminará centrándose en sí misma y perdiendo su capacidad de amor oblativo. Del mismo modo, la persona que tiende a la ansiedad y a una actividad descontrolada debe estar particularmente atenta, más que los demás, a cuidar sus espacios de descanso, gratuidad y fraternidad. Y la persona perezosa y de poca voluntad deberá acentuar las motivaciones que la movilicen mejor a la actividad y el servicio.

Sabemos, por ejemplo, que si bien la abstinencia no tiene un valor central en la perfección cristiana, a veces es la abstinencia temporaria lo que nos permite redescubrir el valor de los placeres que Dios nos regala cada día y nos devuelve la capacidad de ser agradecidos. Paradójicamente, en este caso, la abstinencia potencia y sana nuestra capacidad de gozar. Sin embargo, esto no vale igualmente para todos, porque en el caso de las personas que valoran excesiva-

13. S. KIERKEGAARD, *Der Begriff der Angst*, Hamburgo, 1960, 141.

mente el sacrificio y no son capaces de dejarse amar por Dios, la abstinencia lleva a poner demasiado la confianza en la propia abnegación y favorece un espíritu de orgullo o de crueldad.

Hay, entonces, un equilibrio personal, que no siempre coincide con el equilibrio objetivo que aparece en las descripciones generales. El eje de la balanza no está en el mismo lugar para todos. Cada uno debe alcanzar un equilibrio original, que sólo cada persona puede descubrir concretamente y que no es el mismo para todos.

Por eso mismo, hay que tener en cuenta que la clave está en que la persona pueda descubrir, en sinceridad ante Dios, qué es lo verdaderamente posible en su situación concreta y qué es lo que puede llegar a emprender sin caer en la tentación de bajar los brazos. No ser sincero y realista, y proponerse un ideal demasiado alto que de momento no puede ser alcanzado, puede llevar a que la persona ceda en su tensión por crecer y así termine debilitándose también en su empeño en aquellas cosas para las que sí era capaz. Ya lo decía san Buenaventura cuando recomendaba a los superiores que fueran pacientes, soportando las malas costumbres e imperfecciones de los hermanos de sus comunidades, como la ira, la pereza, la lujuria, la gula, etc., considerando que no todos pueden todo –*non omnes omnia possunt*–¹⁴ y que no todos pueden ser igualmente perfectos:

No todos pueden ser igualmente perfectos, y como a los niños y tiernos en Cristo no se les imponen pesos más grandes de los que puedan soportar, tampoco se les exigen cosas que excedan sus fuerzas (ibíd. 3, 9).

No puede exigirse a todos por igual un determinado ejercicio de la virtud, ya que si se exige a alguien que tiene cierta buena voluntad –*aliquam bonam habentes voluntatem*– un ejercicio de la virtud para el cual todavía no es capaz, “puede hacerle perder lo que ya ha conseguido por exigirle más allá de sus fuerzas” (ibíd.).

Por otra parte, el equilibrio personal tampoco es el mismo en las distintas etapas de la vida de la persona:

La concreta espiritualidad del presbítero ha de estar también en coherencia con su biografía. La persona se va construyendo o malo-

14. SAN BUENAVENTURA, *De Sex Aliis Seraphim* 3, 8.

grando a través de momentos existenciales importantes que influyeron decisivamente en su espiritualidad. La vida espiritual del presbítero tiene problemas, necesidades y posibilidades distintas en las diferentes etapas de su vida.¹⁵

Las distintas crisis tienen, también, un papel en este proceso hacia la plenitud, ya que la espiritualidad implica un dinamismo, un camino que incluye crisis. En estas crisis, normalmente, alguna de las dimensiones de la vida se debilita y entra en cuestión, y termina arrastrando en su conflicto o decadencia a las demás dimensiones. Por eso, cada crisis nos exige encontrar una nueva síntesis entre mentalidad, actividad, afectividad, espiritualidad y esparcimiento; cada crisis nos convoca a buscar una novedosa armonía, un modo inédito de conjugar las distintas dimensiones de la existencia concreta.

Pero para poder asumir la función positiva de las crisis, es necesario partir de la conciencia y aceptación de una identidad clara y firme (hacen falta convicciones no discutibles), con todas sus posibilidades. Desde esa identidad se plantea el sentido de todos los desafíos y exigencias que brotan de allí (como de cualquier otra vocación). Se ha entregado a Dios algo vivo, y eso es lo que le da valor a la ofrenda amorosa de sí; no se le entregó a Dios algo muerto, que no problematiza, que no exige, que no pueda entrar en crisis. Y esa entrega es una respuesta al amor de Dios que también podría pedirnos más: podría pedirnos la vida misma, como se la pidió a los mártires y a los héroes.

En definitiva, la crisis es *Dios pidiendo más*, pero, por eso mismo, *ofreciendo más*.

Hay crisis necesarias e incluso previsibles, como la de la mitad de la vida, donde la persona toma conciencia realista de los límites, revisa la orientación profunda de su propia vida y el sentido global de su existencia, reconoce y detesta sus máscaras y se le abre la posibilidad de optar por Dios con una mayor sinceridad.¹⁶ Y como caen las seguridades artificiales en las que la persona creía estar firme, "esta crisis nos recuerda que somos seres inacabados que, mientras vivimos, somos impulsados a completarnos."¹⁷

15. J. M. URIARTE, "Madurar espiritualmente toda la vida", en *Pastores*, 1997, 17.

16. Cf. A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*, Madrid, 1993; J. GARRIDO, *Adulto y cristiano*, Bilbao, 1991.

17. J. L. MARTÍNEZ, *Sobre el cuerpo y el espíritu*, Madrid, 1997, 120.

Pero todas las crisis orientan a la persona a una transformación. Y la aparición de determinados signos emotivos que caracterizan el inicio de una crisis nos permite percibir el llamado al crecimiento:

Las emociones negativas proponen interrogantes especiales a las personas religiosas: ¿Qué tienen que ver estos sentimientos con nuestra vida con Dios? [...] Los sentimientos malos nos hacen infelices, pero muchas veces traen beneficios. Un beneficio de la emoción negativa nos llega a veces del examen de conciencia que ella provoca. La tristeza emocional desafía los patrones comunes: ¡Hay algo que no va! Nuestros modos normales de pensar y de obrar ya no funcionan [...]. Luchando con nuestro miedo o nuestra ira, confundidos por nuestra vergüenza o sentimiento de culpa, llegamos a una certeza más profunda: Aquí hay algo más de lo que ve mi mirada [...]. Aun la depresión, el más interno de los sufrimientos, a veces es el modo que tiene el cuerpo de advertir que el ambiente se nos ha hecho intolerable.¹⁸

Si supiéramos estar atentos a esas sensaciones internas cuando comienzan a repetirse y enfrentáramos activamente el desafío que nos traen, podríamos evitar entrar en crisis dolorosas y prolongadas, que pueden lastimar al pueblo de Dios. De hecho, hay personas que jamás entran en crisis porque tienen una sensibilidad particular para atender a los llamados de su propio ser y saben responder rápidamente, modificando lo que ya no puede sostenerse.

Hay también crisis nocivas y crónicas, que amenazan con quitar todo sentido a la entrega. Estas crisis pueden ser prevenidas y evitadas. Por ejemplo, en el caso de un sacerdote:

a. Renovando permanentemente el *entusiasmo*, el ardor, estando atentos para descubrir en cada momento de la vida qué nueva forma debe asumir ese entusiasmo para no debilitarse y morir. Para ello, es necesaria la búsqueda permanente de nuevas motivaciones (de todo tipo) a la entrega, y al mismo tiempo la astucia para detectar a tiempo las motivaciones al consumismo, al egocentrismo, a la sensualidad comercializada, etc.

b. También se pueden evitar las crisis nocivas a través de los retiros espirituales periódicos donde se revisa y se recupera el *sentido* de lo que se hace, y se desenmascaran los ídolos, las esclavitu-

18. E. WHITEHEAD; J. WHITEHEAD, *Sombras do coração*, São Paulo (Br), 1997, 12-13.16.

des, las intenciones torcidas que comenzaron a apoderarse del corazón. En este orden, los ejercicios ignacianos, que incluyen un discernimiento sobre la vida práctica, son ciertamente de inmenso valor.

c. Por último, no deja de ser importante acudir a publicaciones, conferencias o cursos que permitan desarrollar una mayor *competencia* en las tareas pastorales básicas que suelen plantear más dificultades e insatisfacciones, como la predicación, la dirección espiritual, la animación y coordinación de la comunidad. Porque una suerte de “autoculpación” por no ser suficientemente competente priva del gozo en el ministerio y lleva al desánimo; y la actividad desarrollada con inseguridad y sin convicción es muy desgastante, problemática, y nos expone a las crisis.

Mientras vivamos en esta tierra seremos seres en desarrollo, para quienes no hay una armonía definitiva ni una receta válida para siempre. En este sentido, es cierto que “se hace camino al andar”, que en esta tierra y en esta historia “siempre seremos caminantes”.

Víctor Manuel Fernández